



*La vista al principio de la mañana.*

## LA CARTUJA DE GRANADA.

(ANDALUCÍA.)

### I.

EL ALCAIDE DE LOS DONCELES. (1)



ERMOSO es un día que despierta!

Las sombras encubrían todavía los campos pero las estrellas empezaban á palidecer.

Una luz blanca apareció estendiéndose como una gasa sobre un paño mortuario y las estrellas se escondieron bajo un manto de ópalo.

Todo empezó á tomar forma y las formas se destacaron de las sombras.

La aurora mojó con lágrimas de alegría las hojas de las flores que en sus blancos pétalos quedaron largo tiempo como crista-

(1) Para escribir lo que va á leerse hemos recurrido mas de una vez al distinguido escritor granadino Don J. Jimenez Serrano que ha dedicado varios curiosos y notables

lizadas gotas. Las flores al sentir humedecidos sus cálices con estas lágrimas, balancearon coquetamente su cabeza para saludar á la aurora.

Vióse entonces como numerosos grupos de nubes, de blanca y diáfana vestidura, de ondulantes gasas y flotantes cintas, se ruborizaban y teñían su faz del mas vivo encarnado corriendo á buscar un refugio en las montañas para ocultarse á las miradas del sol, precisamente como un grupo de púdicas ninfas sorprendidas por indiscreta mirada.

Desarrollando su cinturón de murallas prendido como con broches por sus mil treinta torres; posada, como la metrópoli cristiana, sobre siete colinas; bañados los piés por las corrientes de plata del Genil y del Darro; refrescada la frente por las brisas perfumadas que habían robado sus aromas á las rosas del Generalife y sus emanaciones á las estancias de la Alhambra; Granada, la Sion española, empezó á despertarse perezosamente al son de sus fuentes cayendo en sus conchas de mármol, al susurro de sus alamedas que agitaban sus sueltas cabelleras, á los trinos de sus parleros ruiseñores, que, ocultos en la enramada, saludaban con himnos de alegría los purpúreos rayos de un sol naciente.

Un caballero armado de todas armas asistía desde la cima del cerro de Dinadamar al despertar de la morisca Granada.

Vestia una riquísima y brillante armadura, coronando su morrión un airoso penacho de desmayadas plumas azules, á sus piés yacían una formidable lanza y un pesado escudo, y mas allá, insensible á los encantos de la naturaleza, entreteníase un soberbio bruto en lamer los bordes de las piedras y roer las yerbas que brotaban en sus junturas.

El caballero, de pié junto á una robustísima encina, estaba embelesado en contemplar el magnífico panorama que se desplegaba á sus ojos, y alzando la visera de su casco, paseaba dulcemente la mirada por las cuarenta mil casas que estendía á sus plantas la árabe villa que por la vez primera veía.

El corazón se le henchía de júbilo y de tristeza á un mismo tiempo y sus labios murmuraban:

—Salud, ciudad querida, salud! Cuando será que al nacer el sol alumbrará á esta célebre Cartuja. En ellos como en todas las obras de este jóven, se ve madurez, riqueza de datos, imaginación y elegancia. Por lo mismo, ya que era así, ya que nos había precedido en la descripción de los monumentos de su bella y envidiada patria, nosotros hemos creído que sería mejor calcar, si así puede decirse, nuestros artículos de la Cartuja sobre los suyos. De este modo lo hemos hecho, y creemos haberlo hecho bien, en obsequio de nuestros suscritores y del mismo Señor Jimenez Serrano.

bre, penacho de tus torres, el pendón cristiano dando á los aires sus orgullosos pliegues! cuándo será que abras tus puertas á los guerreros famosos que hoy te asedian! cuándo será que nuestras bellas castellanas paseen las alamedas de tus jardines, gozando la sombra, el reposo y la frescura con que hoy brindas á las favoritas de los infieles! Morisca Granada, yo te saludo, y hago voto en mi corazón y ante Dios que me oye que cuando trueques tu nombre en el de Granada cristiana, he de levantar en este mismo sitio un monasterio para que me recuerde el día que desde aquí he estendido los brazos hácia tí, ciudad querida, y te he dicho: —Espérame, allá voy, Granada! nadie mas que yo te libraré de los hierros que te oprimen y de las plantas infieles que te huellan y te manchan!

Y el caballero se calló continuando con sus ojos fijos en Granada, como fijos los tiene el amante en la muger adorada que divisa desde lejos pero á la cual no le es permitido acercarse para, loco de amor, estrecharla en sus brazos. Todo lo recorría su vista. Ya se detenía en las cuatro ciudadelas que entonces fortalecían la población, ya se fijaba en la Alhambra, palacio portentoso que parecía construido al golpe junto de todas las mágicas varitas de las hadas; ya era el Generalife con sus muros cincelados como abanicos de marfil, con sus miradores alumbrados por arcadas en ojiva, con sus verjeles sombríos y misteriosos convidando al amor, el que su atención cautivaba; ya era el gigante llamado *Torre del sol*, ó la *Alcazaba bermeja*, nido de águilas, ó el Albaicín con sus cúpulas rubicundas, lo que atraía sus miradas. El caballero estaba absorto y como embelesado, y mas de una vez le sucedió, en el interior entusiasmo de su alma, estender sus brazos como si fuera aquella ciudad una hermosa á la que podía estrechar contra su corazón.

Distraído con sus pensamientos el caballero cristiano, no reparó que había sido visto por un grupo de fieros Zenetes desde el sombrío barrio de estos, cuyas casas esparcidas por la falda de la colina donde se dibujaba la Alcazaba Cadima, parecían una bandada de osos rojos echados á los piés de un monstruo.

Lo mismo fué ver los Zenetes al cristiano en cuya bruñida armadura se estrellaban en chispas de colores los rayos del sol naciente, que, arrojándose á toda prisa, empezaron á trepar como fieras alimañas por los costados del cerro en dirección á la encina.

No advirtió aquella maniobra el absorto caballero, que solo volvió en sí de su distracción y notó los enemigos que se le acercaban, cuando tres

lanzas arrojadas vinieron una á resbalar en su armadura y las otras dos á clavarse en el tronco de la encina, mientras que su caballo se levantaba de manos, daba dos ó tres vueltas sobre sí mismo é iba, arrojando un caño de sangre por el pecho, á caer ante su amo como si quisiera con su cuerpo protegerle. Habian arrojado contra el noble bruto un lanzon que, dándole en el pecho, produjo una muerte instantánea.

Violentamente arrancado á su contemplacion el caballero, volvió los ojos en torno suyo sin miedo, sin asombro, sin moverse, como si hubiese echado su armadura raices de hierro en aquel punto, y se enteró de todo lo que pasaba.

Un grupo de Zenetes subia por la parte mas escarpada del cerro, mientras que tres ó cuatro ginetes moros se adelantaban por la cuesta blandiendo sus alfanjes y lanzando sus gritos ó mejor sus ruidos de: *Alá acbhar! Alá acbhar!* Hízose bien cargo el caballero, con una rapidez de reflexion asombrosa, del peligro que corria, del ataque que podia sufrir, del número de sus contrarios, de su posición altamente favorable para la defensa, y embrazando su escudo y su lanza, bajó su visera, atravesó delante el cadáver de su fiel caballo y enclavó sus espaldas robustas en el tronco de la encina junto á la cual se hallaba. Hechos estos preparativos aguardó.

Los cuatro ginetes fueron los primeros en llegar á la cima y en arrojarse sobre él, pero no tardó el que iba delante en caer de caballo atravesado por la lanza que con inaudita furia le arrojó el caballero. Sus compañeros lanzaron un alarido de rabia y revolvieron sobre el cristiano, pero los tres, uno tras otro, rodaron por el suelo, muertos ó mal heridos sus caballos, á los tajos irresistibles del caballero que al soltar la lanza habia empuñado su pujante espada. Solo dos ginetes se levantaron; el otro quedaba tendido en el suelo, muerto ó aturdido por el golpe que recibiera en la caída.

Ya en esto habian llegado á la cumbre los otros Zenetes que, reuniéndose con los desmontados, se abalanzaron hácia el valiente, anhelosos de cebarse en su sangre. Este les recibió con serenidad y firmeza. Del primer revés de su espada le cortó á uno el brazo y de un tajo le hendió á otro la cabeza.

Acaso en todas sus escaramuzas, en todas sus talas, algaradas y combates, no habian topado jamás los infieles con un guerrero mas valiente y mas cumplido. No habia medio de entrarle. Todos le rodeaban con rugidos;

un bosque de picas, de hierros de lanzones, de filos de alfanjes se movia ante él, y él, impassible y sereno, de todo se deshacia y todo lo echaba atrás á un solo tajo de su formidable espada que brillaba en su diestra como un rayo.

Los Zenetes estaban admirados ante aquel valor indomable y aquella resistencia sin ejemplo. Veinte y cinco eran contra un solo hombre, y ocho estaban ya en el suelo cadáveres ó fuera de combate. Parecia increíble. Y mas aun cuando á pesar del vigor con que se le atacaba, del esfuerzo con que se defendia, el caballero no parecia ni siquiera fatigado, manejando con indecible soltura su espada que era tan pronto en su mano un dardo, como una pesada maza, como una fuerte lanza. Con todos estaba, todos los golpes paraba, á todos acudia y de todos se burlaba.

Sin embargo, el combate se hacia pesado y llevaba trazas de concluir solo en perjuicio del caballero, pues si bien este peleaba con una bravura sin ejemplo, sus contrarios le tenian acorralado y le ostigaban por todos lados con un furor sin igual. El cristiano se encomendó de todo corazon á la Virgen á quien renovó la promesa de fundar en aquel sitio un templo si de tan inminente peligro le libertaba, y siguió combatiendo. Pero sus bríos habian cedido un poco y se hallaba desgraciadamente falto del escudo que le habian dividido de un poderoso tajo desguarneciéndole al mismo tiempo parte del hombro: empezaba pues el noble campeón á sentirse fatigado, y en vano era su destreza en las armas y su ánimo sereno, pues que su brazo se negaba ya á menudear los golpes como al principio.

Iba ya irremisiblemente á sucumbir vencido por el número; para mayor contratiempo no pudo evitar que se le diera un poderoso corte en el almete que deshizo su morrion, quedando con la cabeza desnuda. Apareció entonces á los africanos un rostro espresivo y encendido, sombreado por negros cabellos é iluminado por unos ojos ardientes. Uno de los enemigos, traidor renegado, le conoció:

—Gonzalo de Córdoba!—dijo.

Una especie de estremecimiento de terror recorrió como una chispa eléctrica el grupo de africanos.

—Sí, Gonzalo soy de Córdoba, alcaide de los Donceles, vil canalla!— exclamó el caballero con voz vibrante.—Venid á mí todos juntos que alma tengo para todos.

Y adelantando un paso, descargó una terrible cuchillada sobre el renegado que abrió los brazos y que cayó moribundo murmurando el nombre del mismo Dios de quien habia blasfemado.

—A él! — rugieron todos los demás.  
Y se precipitaron sobre Gonzalo, que mal lo hubiera pasado sin duda, exhausto como se hallaba de fuerzas, si en aquel momento no se hubiese oído el paso de un caballo que á galope subía el cerro y la voz robusta de un cristiano que gritaba:

—Perro! veinte contra uno!... A mí, á mí, que soy Pulgar!

Los moros se volvieron hácia el sitio de donde partiera la voz y vieron venir hácia ellos y al galope de su caballo, la visera en alto y blandiendo su pesada lanza, un caballero cristiano que conocieron en efecto por el temible y renombrado Pulgar el de las Hazañas. Un terror pánico se apoderó entonces de todos al hallarse frente á frente con Pulgar y con Gonzalo, los dos caballeros mas temidos del ejército sitiador, y por un movimiento tan natural como irresistible volvieron las espaldas y dieron á huir cerro abajo en direccion á Granada, aun antes que alcanzara á ninguno de ellos la lanza del recién llegado.

Siguió tras ellos Pulgar y aun el mismo Gonzalo, no obstante estar á pié, y dado el alcance hasta las puertas mismas de la ciudad, los dos guerreros se abrazaron con efusion, estrechando el nudo de amistad que ya desde muy antiguo les unía, y regresando al campo de Castilla con los laureles de la victoria.

## II.

### DESCRIPCION.

Hízose pública la aventura que en el anterior capítulo hemos referido, y el que debia despues ser llamado por los siglos Gran Capitan, título concedido únicamente por la antigüedad á Pompeyo, César y Carlo Magno, vióse colma-

do de felicitaciones, debidas á su valor sin tacha y á su heroísmo sin rival. Gonzalo, en medio de los plácemes que le conquistó su bravura, en medio de los azares y contratiempos de la guerra, no olvidó la promesa que hiciera de fundar un monasterio en el sitio desde donde habia visto Granada por vez primera y donde se librara de tan inminente riesgo.

Así es que, entrada ya Granada, trató con el padre Juan de Padilla que allí habia ido desde la cartuja del Paular para fundar una casa y, en cumplimiento de su voto, donole, en noviembre de 1561 el sitio de la promesa que es lo que hoy se llama *Golilla de la Cartuja* y con él las huertas de la Alcudia.

Empezóse la obra. Tres monges vinieron de las Cuevas de Sevilla, pero fueron un dia degollados por los moriscos que se rebelaron y la fábrica quedó abandonada. Gonzalo de Córdoba escribió entonces al Paular para que fundase un poco mas abajo ya que habia peligro en aquella altura y en efecto así se hizo.

El Paular de Segovia comenzó de nuevo la fundacion en 1561 y construyó el monasterio en el sitio que hoy ocupa á la falda del cerro.

La Cartuja de Granada fué poco á poco enriqueciéndose, poco á poco engrandeciéndose. A fines del siglo XVII era ya un monasterio famoso y á principios del siglo XVIII veia completarse sus accesorios adornándose con el claustro, el coro, la sacristía y la fachada exterior.

Pocos puntos de vista célebres pueden igualarse á su sorprendente perspectiva. Es en efecto la suya una situacion encantadora. Cercada se halla de hermosos y corpulentos cipreses que convidan á la meditacion y al recogimiento, mientras que ve crecer y desarrollarse junto á ella muchos y espesos olivares, regados todos por la famosa acequia de Alfacar, que tanto ha dado que hablar á los eruditos. Hállanse no lejos de este monasterio los vestigios del albercon grande de los moros que tenia cuatrocientos pasos en circuito, sus paredes de argamasa que se han convertido ya en piedra con el tiempo, sus murallas de ocho piés de latitud y en cada esquina una torre que en el dia ostentan su bordada vestidura de yerba. Llenábase este albercon del agua de la referida acequia y en él celebraban los moros sus fiestas navales, sus tiros de canoas y esquifes.

Tambien no lejos, á muy pocos pasos, hay las ruinas de un modesto albergue; ruinas por delante de las cuales no debe pasar el viajero sin respetuosamente descubrirse, como el único obsequio que tributar pueda á la

memoria del ilustre Antonio de Nebrija que vivió un día en aquella solitaria morada.

Por lo demás, el peregrino que á la Cartuja se acercaba, veía alzarse sobre una escalinata anchurosa y elegante la linda portada jónica de mármol ceniciento, trazada por Hermoso, y sobre la cual se veía lucir á larga distancia la estatua de San Bruno, de mármol de Macael, copia de la célebre de Pereira que llamaba un poeta *el monge petrificado* y de la cual se refiere que Felipe IV, para contemplarla á su sabor, tenía prevenido al cochero que llevase al paso los caballos siempre que pasase por delante de la hospedería del Paular—calle de Alcalá—sobre cuya puerta estaba colocada.

Es esta la misma estatua que, si el autor no está mal informado, se guarda hoy en la academia de nobles artes de Madrid.

El claustro grande tiene 76 arcos sostenidos por columnas toscanas, y allí, en aquel vasto espacio, iluminado por lúgubres ojivas, era donde cada monge tenía una habitacion ó celda que con mas propiedad debia llamarse casa, pues se componia de dos pisos, una chimenea, un cuarto con alcoba, otros mas reducidos para ciertos usos domésticos, una fuente y un jardin. El area del patio poblada de arrayanes, de palmeras, de sauces, y de cipreses, era el sagrado campo donde cada uno de los monges cavaba su fosa. Una cruz de hierro señalaba la del último que habia entregado su alma á Dios (1).

Este claustro vióse un día lleno de pinturas del famoso Sanchez Cotan, lego que residió y murió en este monasterio y que, segun opinion general, dominó la perspectiva cuanto es posible dominarla. Suya era una cruz sencilla, de tan bien fingido artificio, que hasta los inteligentes se engañaban creyéndola de bulto, y en cuyos tres clavos salientes diz que los pájaros engañados iban á pararse, como en otro tiempo iban á picar las uvas del paraíso. De modo que puede decirse de esta cruz lo que de aquella estancia de la Alhambra en la cual se ven pintadas frutas tan naturales, que obligó á Góngora á decir:

Y su cuarto de las frutas

fresco, vistoso, notable,

injuria de los pinceles

de Apeles y de Timantes;

donde tan bien las fingidas

imitan las naturales,

(1) Jimenez Serrano.

que no hay hombre á quien no burlen  
ni pájaro á quien no engañen.

Sanchez Cotan, el modesto lego de esta Cartuja, ha dejado un nombre envidiable. Sus mejores obras deben buscarse en la serie de cuadros que pintó de la vida del fundador é historia de su religion en los cuales manifestó dotes que, segun pública opinion, le colocan á la altura de los dos grandes artistas historiadores de la orden, Le-Sueur y Carducho.

Este último se prendó tanto de las obras de Cotan y tanto le dijeron de él, que hizo un viaje á Granada solo para conocer al lego cartujo cuyo maestro pincel le tenia enamorado. Llegado al monasterio, salió á recibir al gran pintor la comunidad entera y cuentan que al punto que entre los demás monjes divisó á Cotan, le conoció sin tener antecedente alguno de su persona; lo cual esplican ciertos biógrafos é historiadores por la relacion que observó Carducho entre el semblante y compostura del modesto lego con el tono y estilo de sus pinturas.

He ahí ahora como el entendido Jimenez Serrano describe la iglesia. Recurrimos á su pluma ésperta porque, testigo presencial, en mejor fuente no podíamos buscar los datos.

«La Iglesia, dice en su *Manual del artista en Granada*, tiene una sola nave y está llena de follajes y adornos churriguerescos; en la capilla mayor se conservan algunos restos de la antigua fábrica que era plateresca y gótica. Muchas obras del arte se encerraban en este recinto que destinaron á Museo los gobernantes cuando la invasion francesa; hoy muy pocas se han salvado de los huracanes de la revolucion, y solo podemos citar siete lienzos de á cuatro varas en el cuerpo alto de la iglesia, pintados por Atanasio Bocanegra y una graciosísima Virgen del Rosario: dos cuadros apaisados del Nacimiento de Conrado Giaquinto, cuatro de la Pasion, grandes, y dos en las capillas que están al pié del coro, de Sanchez Cotan. Las puertas del coro son de preciosísima ensambladura y embutidas de concha, nacar y marfil con molduras de ébano. Fueron trabajadas con las demás obras que hay de este género en la sacristía por un lego llamado Fray José Vazquez. La estatua de la Concepcion que hay en el tabernáculo de la capilla mayor es de José de Mora. Detrás de este retablo está el Sagrario ó *Sancta Sanctorum*, adornado por nuestro famoso Don Francisco Hurtado Izquierdo.—La cúpula y el grueso del muro del arco que sirve de entrada están pintados al fresco por Don Antonio Palomino ayudado de José Risueño, á quien tanto celebra en su *Museo pictórico*: es de lo me-

por que hemos visto en este género en Granada. Los seis cuadros que adornan las decoraciones de las paredes son todos de una mano. Las estatuas del tamaño natural que ocupan los cuatro ángulos son de José de Mora y confirman su fundada reputación. — La Sacristía es una pieza espaciosa y de las más ricas que pueden verse; pero más irregular en sus adornos que la iglesia misma. Las puertas menos labradas son como las ya descritas en el coro. Están muy prodigados en el pavimento y en el retablo los mármoles de Lanjarón, de Málaga, Loja y Macael. En el nicho principal del altar hay una estatua de San Bruno de José de Mora. Hace pocos meses (año 1846) que fueron robadas cuatro magníficas cabezas de santos de la orden y entre ellas una de Zurbarán, que eran la admiración de todos; y solo quedan algunas preciosidades: una Concepción en cobre de media vara sobre la primera cajonera de la derecha que según algunos es de Bartolomé Esteban Murillo, aunque no lo sostendremos nosotros; y un Señor de la espiración en frente y de igual tamaño también en cobre que pasa por de Cano, unos relieves góticos, santa Rosalina y la Beata Margarita de Dion sobre las alacenas colaterales á la puerta de buena mano; una Dolorosa y un Eccehomo que atribuyen sin fundamento al divino Morales y varios cuadros muy medianos que representan escenas de la vida de J. C. de Fray Francisco Morales. Las cajoneras y las puertas de las alacenas son de concha, nacar y ébano con primorosos embutidos figurando flores y lazos, los tiradores de plata.»

Hasta aquí Serrano.

Ahora solo nos falta que decir una cosa. Acaso crea el lector que en este magnífico edificio, gozando de una situación bellísima é inmejorable y con abundantes raudales de agua, se ha establecido un hospital para convalecientes ó sirve para algún objeto de pública utilidad. Si tal ha creído, preciso es que se desengañe. Escepto la iglesia que es hoy parroquia rural, y una pequeña parte del monasterio llamada el claustrillo, todo lo demás ha sido derruido para — vergüenza causa el decirlo! — para aprovechar los materiales.

En efecto, en 1842 su propietario, poco amante por lo visto de las artes, demolió casi toda la parte gótica del edificio y hubiera continuado su obra de devastación á no ser por un real decreto que espresamente lo prohibió. Por pronto sin embargo que este llegase, ya habían perecido muchos frescos del claustro, obra de Cotán, y con ellos la maravillosa cruz de que hemos hablado. Pérdida fué que eternamente tendrán que lamentar las artes.

### III.

#### EL SACRISTAN DEL ALBAICIN.

VA anexa á la Cartuja de Granada, una tradición que aquí hemos de contar por lo original y por lo rara, aun cuando ya sobre ella haya escrito el citado Jimenez Serrano con mayor extensión y enlace diverso una curiosa novelita ó cuento que con el título de la *Virgen del clavel* publicó en un periódico literario.

Vamos pues al caso.

Era á principios del siglo XVI, cuando poco á poco los cristianos iban doblegando á su poderío el carácter rebelde de los moriscos granadinos, que mal se avenían á ser esclavos en la tierra en que un día habían sido señores. Los palacios y las casas de Granada veían desaparecer sus bellos adornos orientales, las mezquitas se tornaban en templos al bendecirlas los sacerdotes de un Dios de paz y de justicia, la ciudad entera se rejuvenecía y cobraba nueva vida bajo el manto protector de nuevos príncipes y á la sombra bienhechora de nueva religión.

Existía por entonces ó se construyó en aquella misma época una parroquia llamada de San Cristóbal y en ella había un sacristan como pocos, un mozo que mejor había nacido para el colete de ante que para la sotana, y que pudiera acaso haber manejado mejor la espada que el hisopo.

Juan — así se llamaba el mancebo — era de una desenvoltura sin igual, travieso hasta dejárselo de sobra, pendenciero como él solo, buscaruidos como ninguno, charlatan como nadie. Tenía á más otras circunstancias; re-